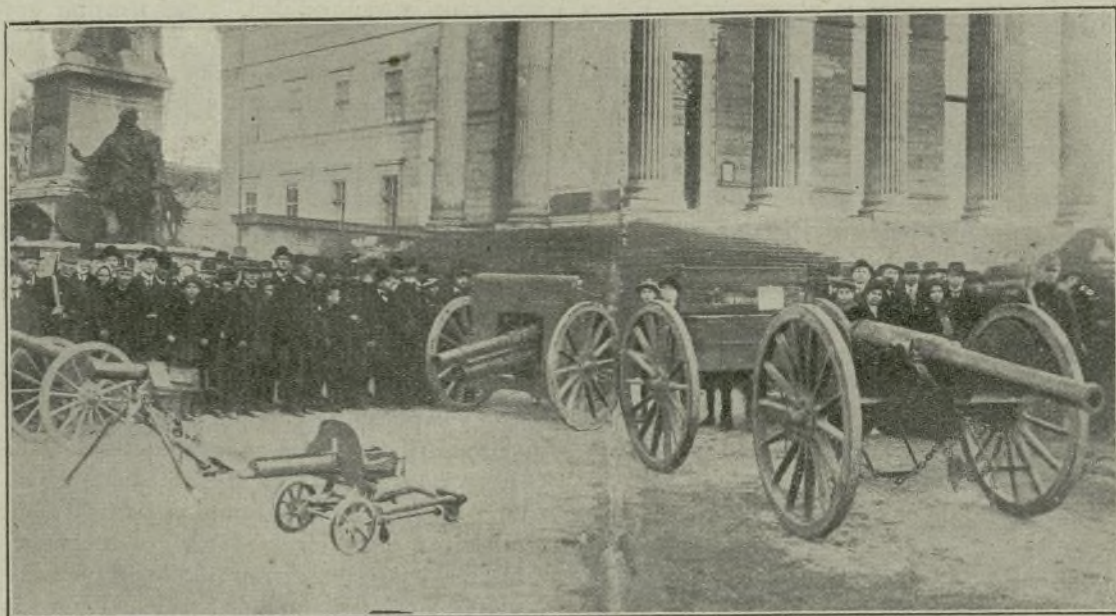


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 117.—BARCELONA 15 DE JULIO DE 1916



Cañones rusos y serbios, expuestos delante del Museo de Buda-Pesth

CRONICA INTERNACIONAL

I. La crisis de la alimentación en Alemania.—II. Posible lucha de sexos.—III. Reclamación esperada

I.—La crisis de la alimentación en Alemania

Puso empeño Alemania, tiempo atrás, en negar que escasearan los alimentos en el Imperio y ni en hipótesis admitió que la cuestión de las subsistencias llegase a constituir un peligro real. Con la apertura de la frontera de Rumanía y la libre comunicación con Bulgaria, Turquía y el Asia Menor pareció conjurado el peligro y resuelto el problema, lo que implicaba el fracaso del bloqueo económico. Poco después, se dulcificó la campaña submarina, adoptada como respuesta a ese bloqueo, y ello también indujo a creer que había mejorado la situación interior del Imperio; de otro modo, con notas de Wilson y sin notas, Alemania no hubiera dejado de atender a lo que para ella era la primera necesidad.

Tales eran las opiniones de las gentes, cuando de pronto llegan de Berlín noticias transmitidas por los corresponsales neutrales—y no ha sido el nuestro, Sr. Guerrero, el último en enviarlas—pintando con caracteres agudos la cuestión de las subsistencias, describiendo el estado afflictivo de aquel Imperio en este respecto y dejando entrever, aunque negándola por el momento, la posibilidad del agotamiento económico. No hay que poner en duda la veracidad de estas noticias, ni ello es lo que nos importa para nuestras *Crónicas*, sino dos aspectos que

no habrán quedado inadvertidos a nuestros lectores.

Por de pronto, el cese del comercio de artículos de primera necesidad con Holanda, Suiza y Noruega, parece que no ha sido compensado con la apertura de las puertas de Rumanía y Bulgaria, lo cual indica que los Imperios centrales continuaban recibiendo por el O. de Europa gran parte de los productos que necesitan para el consumo. Este cese se ha debido a las medidas coercitivas adoptadas por Francia e Inglaterra, y a las compras en enorme escala que la última ha efectuado en algunos países neutrales, para evitar que los géneros fuesen adquiridos por Alemania. Ésta no ha pecado en el asunto que nos ocupa por exceso de previsión, lo cual no deja de ser extraño.

En segundo término, hay que recordar que las correspondencias que llegan de Alemania, como de otras naciones, están sometidas a la censura, y que, aun cuando no lo estuvieran, los corresponsales no transmitirían noticias que desagradaran a las autoridades alemanas, porque la sanción, en forma de expulsión del país, no se haría esperar. Luego, las autoridades imperiales no han opuesto reparos a que se conozca en el resto del mundo la crisis de la alimentación, si es que indirectamente no han estimulado la divulgación de tales nuevas. Porque en el caso presente no se trata de un efecto de sorpresa, ni de un descuido de la censura, dada la abundan-

cía y diversidad de los orígenes de la información.

¿Cuáles pueden ser los motivos que han aconsejado a los gobernantes alemanes una mudanza tan grande de actitud? Dos, únicamente. El primero sería el propósito de preparar al mundo a la derrota de Alemania, explicando el vencimiento antes de que ocurra, y atribuyéndolo por adelantado al agotamiento por hambre y no a la inferioridad militar. Quedaría a salvo el prestigio de las armas y el honor del ejército, y nadie extrañaría el resultado. El segundo, tendería a mover los sentimientos, naturalmente generosos, de los neutrales a favor de Alemania, y justificaría el recrudecimiento de la campaña submarina y una mayor energía en los métodos, aunque se rozaran los intereses de las naciones neutrales. Es decir, que por este medio se neutralizarían las tendenciosas y amañadas campañas a que se entregan hace muchos meses los oradores y periódicos de la Entente. La crueldad y sinrazón de los aliados, que no pudiendo vencer a los hombres tratan de reducir por hambre a las mujeres y niños, toma así una forma plástica y viviente, y se les arrebató de un golpe esa aureola de defensores del derecho, la civilización y la libertad, protectores de los débiles y otros lugares comunes, de que han querido rodearse, consiguiéndolo en parte. ¡Vaya unos paladines los que no son capaces de arrojar de su suelo al invasor y en cambio someten a las torturas del hambre a la parte de población enemiga que no puede valerse: mujeres, ancianos, niños!

Tome el lector la explicación, de las dos, que más sea de su agrado; aunque no transcurrirán muchos meses sin que sepamos la verdad, reflexione con dolor en la triste condición de cerca de dos millones de prisioneros que se encuentran en un país presa del hambre; esos prisioneros serán las primeras víctimas de los procedimientos altruistas, humanos y democráticos de sus propios conciudadanos.

II.—Posible lucha de sexos

Pensando en el día que termine la guerra, se están debatiendo en la prensa de los países beligerantes varios temas interesantes, que llegan algunos a la entraña de las familias y se refieren otros a aspectos económicos. Aquellos y éstos pueden determinar cambios sensibles en el régimen social y dar lugar a problemas y conflictos más graves que los del socialismo y la organización «societaria». Indicaremos hoy uno de ellos.

Como consecuencia del ingreso de todos los hombres válidos en las filas del ejército, ha sido necesario acudir al trabajo de la mujer, habiéndose creado una situación que entraña serios peligros para el día de mañana, sobre todo en Francia, donde los lazos de familia son más débiles que en Inglaterra y los Imperios del centro de Europa.

La mujer francesa, solicitada en las fábricas de municiones y material de guerra y en muchas sociedades, industrias y empresas que carecen de personal masculino, ha encontrado abundantes caminos para ganarse el sustento y sostener a la familia, decorosamente, hasta con largueza, y libre de las condiciones de inferioridad que precipitaron a tantas infelices por sendas descarriadas. Los patronos, por su parte, están satisfechísimos de este cambio de

mano de obra; han desaparecido de los talleres y fábricas las asociaciones obreras de resistencia, amenaza perenne del capital; la mujer, exenta de los pequeños vicios del hombre, la bebida y el tabaco, se aplica más a su labor y aprovecha mejor el tiempo; con menos jornal que el hombre, economiza más que éste; no promueve sinsabores al dueño; pone más celo e interés en el cumplimiento de sus obligaciones... La mano de obra resulta más barata, asegurada la tranquilidad, y las familias gozan de un bienestar que antes no disfrutaban.

En estas condiciones, ni los patronos estarán dispuestos a prescindir de la cooperación femenina, ni las mujeres renunciarán a las ventajas que tan legítimamente han conquistado y que les libran de su antigua situación de víctimas, en muchos casos. Pero, entonces ¿qué hacer de los hombres, cuando ya no sean necesarios sus servicios en el ejército? El campo no los podrá ocupar a todos, ni todos tienen aptitud o afición para este género de ocupaciones. Sería injusticia dejar abandonados, en medio de la calle, a los que han defendido con las armas a su patria y expuesto la vida por ella; pero no sería menor ingratitud el arrojar a las mujeres de fábricas y talleres, porque gracias a ellas la nación no ha perecido, ni ha faltado a los hombres de las trincheras lo que les era menester para vivir y luchar. Sin los hombres, baldías hubieran sido los esfuerzos de las mujeres; sin éstas, aquellos habrían tenido que capitular hace mucho tiempo.

Desde otro punto de vista, la mujer de la clase obrera, para quien el matrimonio era a menudo una existencia de privaciones y humillaciones, ha encontrado la manera de redimirse a sí misma, y dejar de ser el juguete del hombre; y en tal concepto, es de temer que en lo futuro vacile mucho antes de renunciar a su independencia económica y social. Esto la alejará del matrimonio; y el número de nacimientos, ya muy exíguo antes de la guerra, decrecerá aún más; la conclusión es dolorosa: aunque Francia consiga la victoria, la disminución de su población la condenará a una derrota segura en un plazo bastante corto; a la larga, el desastre será aún peor. Y, al mismo tiempo, bajando la cifra de matrimonios, se extenderá la inmoralidad, que había ya alcanzado los caracteres de terrible plaga, la nación se debilitará y sobrevendrá la descomposición social. Nadie podrá atajar la decadencia, engendrada por lo que podría llamarse excesiva madurez de incivilización desde el punto de vista material. ¡Cuántos ejemplos nos ofrece la historia de grandes pueblos que han declinado rápidamente por romperse el equilibrio entre la materia y el espíritu! Y Francia será un caso más, como lo serán también más adelante, mucho más adelante, Inglaterra y Alemania.

El problema, como se ve, es el más grave y difícil que se ha planteado en muchos siglos, porque toca a las raíces de la familia y la sociedad. No es de extrañar la preocupación que produce y el interés que inspira.

¿Qué remedios se podrían aplicar? Nadie ha acertado con ellos. Las más de las opiniones se inclinan al *statu quo ante*. Pero no se llegará a él si no se conforma el capital, representado por los patronos, y las mujeres, directamente interesadas. ¿Intervendrá el Estado, imponiéndose tiránicamente? Sería

peligrosísimo, y no se puede predecir los trastornos a que daría lugar. Lo más sencillo sería que las mujeres renunciaran a sus ocupaciones actuales y se recluyeran en el hogar; ¿las convencerá la abundante y melíflua prosa que derraman los que creen resolverlo todo con la pluma? Es dudoso; y además imposible: porque habiendo perecido muchísimos miles de hombres y teniendo que ser activísimo el trabajo de reconstrucción, faltarán obreros y tendrá que recurrirse en parte a la mujer; ésta no admitirá, y obrará bien, desigualdades en el trato, y, como el capital la apoyará, sostendrá sus derechos. No hay que contar demasiado con el obrero extranjero, toda vez que los países neutrales es de creer que adopten medidas para que la crisis obrera de los beligerantes se remedie, con perjuicio de los que no han tomado parte en la guerra.

Tal es el problema, que lo mismo puede dar lugar a una nueva lucha de clases, esta vez de sexos, más grave que las anteriores, que resolverse sin trastornos, casi sin exteriorizarse, mediante los impulsos íntimos del corazón humano.

III.—Reclamación esperada

Mostráronse quejosos y dolidos los alemanes porque el Gobierno de los Estados Unidos, que tanta energía empleó en sus reclamaciones contra la guerra submarina, no reclamara de los aliados el cumplimiento estricto de las leyes internacionales por parte de la marina anglo-francesa, a pesar de que el Gobierno Imperial había puesto como condición para dulcificar la conducta de los submarinos el que los aliados suavizasen a su vez sus métodos. La prensa alemana reflejó varias veces su disgusto, y no faltaron periódicos que solicitaran un aumento en la energía desplegada por los submarinos, cualquiera que fuese la actitud de los Estados Unidos. Por fin Wilson ha dado satisfacción a las demandas de la opinión alemana, aunque limitándola al trato que los aliados dan a la correspondencia y paquetes de o para Alemania. Los términos de la nota que acaba de dirigir a Londres y París son tan duros y concretos como los de la nota que antes envió a Alemania, y no se reduce a pedir un cambio de conducta, sino que lo exige. Cualquiera que sea la eficacia—seguramente poca—de esta reclamación, el efecto político está conseguido.

¿Por qué la República norteamericana, que no hizo caso de las peticiones alemanas al tiempo en que se formularon, ni durante dos meses después, ha cedido a ellas ahora, cuando menos se esperaba? Misterios de la diplomacia. Si aciertan los que ven la sombra de Alemania en los conflictos sobrevenidos entre los Estados Unidos y México, así como en el poco entusiasmo belicoso de los yankees y en la corriente de resuelta oposición a que Wilson se meta en aventuras, entonces no hay duda que el Presidente ha querido dar esta pequeña satisfacción a la nación alemana, para resolver dificultades que pudieran atajarle el paso. Contentando a los alemanes, ha resuelto peligros o por lo menos escollos de orden interior, que la posibilidad de una guerra con México ha hecho patentes y ha mostrado tal como son, esto es, no despreciables. Si la voluntad alemana no pesa en una parte del pueblo yankee ni tiene

nada que ver con los sucesos yankee-mexicanos, habrá que atribuir a un recto espíritu de equidad del Presidente lo que acaba de hacer con Francia e Inglaterra. Lo interesante es que, con motivo de los acontecimientos recientes, se ha extendido en los Estados Unidos la convicción de que es una imprudencia el envío de material de guerra a los aliados, y que convendría limitar la cantidad de aquellas materias que se expiden a Europa. De suerte que en los dos conceptos Inglaterra y Francia han perdido terreno, y comienzan a preocuparse de lo que ocurriría si la guerra se prolongase todavía otro año, y Norte-América fuese reduciendo los envíos de municiones y material de todas clases.

F. LARÍN.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

A las fortificaciones de Lemberg.—El sombrero de mi colega.—En el fuerte Lisagora

XVII

Apenas levantados, bien temprano, nos encontramos para el desayuno en el «Café Renaissance». Lo despachamos con presteza, y trepamos luego a los coches destinados a nuestra conducción a alguno de los fuertes que guarnecen la plaza fortificada de Lemberg.

Al trote de los jamelgos que tiran de nuestros vehículos, atravesamos la mitad norte de la población, que bulle en la animación solemne de las primeras horas del día, la hora de los mercados de verduras y frutas y legumbres, coloreada por la presencia de uniformes militares. La vista de uno de esos mercados en su alegría fresca y desordenada, me hace pensar,—como mi compañero el pintor no olvida apuntar—que el más propio cuadro para un soldado no es el campo de batalla, ni, mucho menos, el fondo gris de una columna en marcha, toda igual. No; a nuestros ánimos, propicios a sufrir la influencia del romanticismo que ha llenado varios siglos de la civilización occidental, tiene que aparecer más bello el uniforme de un soldado si junto a él se ensancha la amplia falda y la clara toca de una campesina en la flor de su edad...

En las inmediaciones de la ciudad, en el camino hollado en los últimos tiempos por muchos millares de hombres, de animales y de vehículos de todas especies, hasta los pesados cañones de Skoda, está cubierto por una gruesa capa de tierra suelta. A nuestro paso se levanta una espesa nube de polvo, reseca por el sol ardiente. Lo que esté a nuestros lados o al frente es para nosotros un misterio oculto por el blanco cortinaje. Pero poco a poco se va presentando el suelo más duro y podemos abrir al fin los ojos. Ahora podemos darnos cuenta de la causa de nuestro tormento. Largas columnas de carros de municiones y provisiones nos preceden y acompañan. Como nuestra marcha es más rápida, las pasamos al fin y nos adelantamos.

A lo lejos se divisan tropas de infantería en marcha. La columna sin fin semeja, con los cañones de los fusiles brillando al sol, un reptil gigantesco de un azul grisáceo, dotado de lucientes escamas, que se

arrastrara perezoso al amor del sol matutino. Ya estamos junto a las tropas y podemos notar que se trata de un regimiento de infantería austriaca en marcha hacia el frente. Va en hileras dobladas ocupando la derecha del camino, así es que podemos avanzar a su flanco izquierdo. Los soldados marchan ligeros, el fusil colgado al hombro por el portafusil. Es el modo práctico característico del ejército austro-húngaro de llevar el fusil durante la marcha. El regimiento comprende dos batallones, que marchan separados por una distancia de 15 metros. Los batallones son de a cuatro compañías, distanciadas entre sí de tres a cuatro metros. El batallón, de mil hom-

dueños quienes de ellos cuiden. El número de estos carros pasa de sesenta en el regimiento; de ahí que hayan hecho tanta polvareda. Este regimiento no es aislado seguramente; pero la distancia que separa a una mitad de otra, variable según las condiciones del terreno y del alejamiento, según la proximidad del enemigo, etc., es en el caso bastante considerable para que la que vemos se nos presente aislada: ésta marcha «lejos del enemigo».

Mi colega, el doctor, se entusiasma siempre que ve gente de armas. Pero el entusiasmo abarca cuanto ve y le sobra entusiasmo. Busca entonces un objeto a sus transportes, los cuales encuentra ya ensanchan-



El comandante en jefe del ejército austro-húngaro, mariscal Archiduque Federico, visitando el frente de los Dolomitas

bres, ocupa una profundidad de unos 350 ó 400 metros, así es que el regimiento entero tiene, con el convoy ligero, más de un kilómetro, con el pesado un kilómetro y medio. Los carros que hemos encontrado antes pertenecen a este regimiento. Carros y carretas han sido requeridos para el objeto, distra-yéndolos, en su mayor parte, a las labores de la tierra. Por lo común son de dos ruedas y tirados por un solo caballo. El dueño del carro lo guía personalmente. La ligereza de los vehículos, muy resistentes, sin embargo, los hacen muy apropiados para el tráfico en estas regiones, siempre que sean sus propios

do aquél, ya profundizándolo. «Amigo, dícame, usted que entiende de estas cosas explíqueme cómo es que todas estas tropas, esparcidas detrás del frente, conservan la unidad del conjunto. Explíqueme la organización de la retaguardia de los ejércitos en campaña».

—«Lo haré con placer, respóndile, siempre que tenga un poco de paciencia y se espere hasta nuestra vuelta a Lemberg. La materia es más complicada» ..

En esto tropieza el viejo alazán que nos arrastra, el coche se inclina dos veces hacia la izquierda, quizás metido en un «embudo de granada»—actualmen-

te todo pozo que se encuentra en Europa, no está uno seguro de que no sea indicio de la explosión de una granada,—y el sacudimiento es tan fuerte que el corpulento compañero cae como desplomado sobre mí, y su sombrero vuela por los aires y se revuelve entre las patas de los caballos y las ruedas de los carros. Yo me siento maltrecho en el aplastamiento sufrido y siento que nuestro viaje a los fuertes de Lemberg haya de terminar aquí. El Doctor, que lo es en filosofía, no pierde la cabeza por tan poco, me impone tranquilidad, critica mi nerviosidad y coloca nuevamente sobre su cabeza el sombrero que un soldado le fué a recoger. El caballo, que ya está

cuesta de la altura. Es Lysa Gora, una fortificación de tierra, sin construcciones de cemento. Ocupa la cúspide de un cerro de mediana altura y no muy escarpadas pendientes, aunque no se las pueda llamar suaves. Esas pendientes están en una buena parte de su extensión cubiertas de alambrados de púas, ramas de árboles, pozos y toda clase, en fin, de obstáculos, en que son tan prolijos los fortificadores modernos. Por las calles y portillos abiertos en la última toma del fuerte, pasamos lentamente y en zig-zag observando ya la construcción refinada de los obstáculos, ya la manera empleada por el asaltante para destruirlos. Al fin llegamos a la fortificación propiamente



El príncipe Leopoldo de Baviera hablando con el general Woyrsch

otra vez de pie, empieza a trotar pausadamente cuesta arriba. Vueltos a la tranquilidad, insiste el Doctor en su deseo. Yo rehuso abrir la boca a causa del polvo que pudiera tragar y mi colega promete resignarse a esperar, convencido por razones tan convincentes como las de higiene. En cuanto a él no se preocupa tanto por la higiene y sigue hablando de la heroicidad de su sombrero que volvió ileso de su ruda campaña contra patas de mulos y ruedas de carretas, mientras nos acercamos al fin del viaje.

Al pie del fuerte descendemos de los carruajes y nos dirigimos a él, subiendo por angostas veredas la

dicha y la recorremos en todo su perímetro. Es de tierra, como tengo dicho, pero de mucha resistencia por las dimensiones de sus terraplenes espesos, constituyendo lo que se llama un fuerte semipermanente. Las piezas de artillería están defendidas por un terraplén de una base de más de cinco metros de anchura. Entre una pieza y otra se levanta un parapeto poderoso de tierra. Los puestos de observación son sólidos también y escondidos con destreza.

El día 22 de Junio de 1915 comenzó el ejército de Boehm-Ermolli el bombardeo de los fuertes del N. O. de Lemberg a eso de las cuatro a. m. Después de

asaltar la obra Rzesna Polska a las cinco, se dirigió principalmente contra las alturas de la sección Brzuchowice, entre las que descuella la Lysa Gora. En un momento inesperado siguió el ataque con éxito. A las diez de la mañana pudieron apoderarse de un solo asalto de Lysa Gora los hombres de la Landwehr vienesa. Las señales están allí todavía, en parte. De una cubierta de defensa no quedan sino las soleras sostenidas por dos grandes horquillas, pues lo demás fué destruído por una granada que estalló en el centro. En todos los puntos es de verse la buena puntería de la artillería; casi todos los proyectiles han caído en los atrincheramientos mismos. Pero también hay muchos recuerdos del defensor, que aún no han sido recogidos. Uniformes, bayonetas, fusiles destruídos y cascos de las granadas que los destruyeron. Como nos adelantamos un poco hacia un sitio donde la tierra está suelta, podemos percibir un olorillo acre, pestilente, de cadáveres en putrefacción que aquella cubre apenas.

Con las mismas dificultades con que subimos, volvemos a bajar, brincando, agachándonos, por entre las alambradas rotas a medias, en zig-zag, hasta alcanzar la falda del cerro.

J. C. GUERRERO

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Lógica pura

(El señor A).—Paliza en Galizia, desastre en Bukovina y carrera en el Tirol.

—¡Y qué carrera! Los italianos han tenido que lanzar su caballería detrás de los austriacos, porque de otro modo no podían darles alcance. ¡Qué retóricos son los émulos de Annunzio! Antes, se apoderaban de los picachos de los Alpes descolgándose (¿desde las nubes?) con ayuda de cuerdas, y ahora galopa la caballería por las abruptas montañas del Tirol. No sin malicia dice un grave periódico inglés: la conquista de una escuadra, aprisionada por los hielos, por una brigada de caballería, durante las guerras napoleónicas, parecía una empresa que jamás pudieran sobrepasar los ginetes; pero la toma de los montes del Trentino por la caballería italiana la deja atrás. ¡Poco ufano que se va a poner Cadorna! Yo lo deploro, por lo que rabián los alpini.

(El señor A).—Muy bien, don Subrio; volviendo al grano...

—Pero ¿le ha salido a V. otro grano? ¡Pobrecillo señor A!

(El señor A).—¿Verdun? Y ¿tiene V. deseos todavía de mentar a Verdun?

—Mo me refería a Verdun; al hablar de grano, creí que aludía V. a los ingleses.

(El señor A).—Volviendo a mi tema, paliza en Galizia, desastre en Bukovina y...

—Y caballos alados en el Tirol. Bien, y ¿qué? ¿qué consecuencia deduce V.?

(El señor A).—¡Ja, ja! Sencillamente que los austriacos están moribundos.

—Bueno; esperaremos que fallezcan y luego resuciten, como los serbios.

(El señor A).—Han perdido toda la Bukovina, parte de Galizia, una porción de Volinia...

—Que es rusa. Comparadas estas pérdidas con las mermas que ha sufrido el territorio ruso, son una bicoca; y si quiere V. que la comparación la llevemos a Serbia o a Bélgica o a Francia, temo que se le vaya a descomponer a V. el estómago.

(El señor A).—¿Quién se acuerda de lo que ocurrió hace un año o dos?

—Los serbios, los belgas, los franceses y los rusos. Los ingleses están escribiendo la historia de sus inmortales retiradas y sus gloriosos desastres en el mar.

(El señor B).—Alemania se tambalea desde que hemos iniciado la ofensiva.

—Habla de ella cuando esté terminada. Sólo los hechos me harán creer que no se trata, como otras veces, de tomar unos cuantos cabellos al señor A.

(El señor A).—Yo no desisto de oír su opinión sobre los fracasos de los austriacos.

—Oígala V. En el Tirol, los austriacos ni se han retirado, ni ese es el camino; no han hecho más que una maniobra estratégica que se llama «acortamiento del frente».

(El señor A).—¿No se mofaba V. de las retiradas estratégicas? Pues el tal acortamiento es una manera pudorosa de confesar la derrota. Cuando oigamos que el frente se estrecha, sabremos a qué atenernos: un garrotazo que se ha perdido y lo han encontrado.

—Difícilillo será averiguarlo, porque el que reparte los estacazos los menudea más de lo que a muchos convendría. Pero aunque aceptase su teoría sobre el acortamiento del frente, siempre resultaría que la ampliación del frente sería sinónimo de victoria.

(El señor A).—Así es, en efecto; por eso los italianos al avanzar, lo han ensanchado.

—Luego, los rusos han sido derrotados en Volinia, Galizia y Bukovina.

(El señor B).—Es V. un fresco, don Subrio.

—¿Negará V. que se ha ampliado el frente austro-húngaro en aquellas provincias?

(El señor A).—Con esos equilibrios y habilidades no conseguirá V. que lo blanco sea negro.

—Que es, precisamente, lo que vengo diciendo a ustedes hace dos años.

(El señor A).—¿Concretará V. o no? ¿Han sido derrotados o no los austriacos?

—Responderé a V. si nos ajustamos al orden cronológico. ¿Han sido o no derrotados los belgas, franceses, rusos, britanos, serbios, montenegrinos e italianos?

(El señor A).—Pero ¡hombre de Dios! ¿no comprende V. que esos son hechos ya pasados, lejanos, y que los otros tienen todos los caracteres de actualidad?

—Es decir ¿que los belgas han recuperado Bélgica, los franceses sus departamentos del Norte, los ingleses se ha apoderado de Gallípoli y Kut, los rusos viven aún en Curlandia, Polonia, toda Volinia, y los serbios residen en Serbia? Todas esas pequeñeces ¿no son ya de actualidad? Ello equivaldría a reconocer que los alemanes se las anexionarán definitivamente después de la guerra. Si V. lo acepta, por mí no hay inconveniente.

(El señor A).—¿Va V. a sostener, por ventura, que la victoria ha correspondido a los austriacos?

—¿Por qué no, si es evidente? ¿Han llegado los rusos a Lemberg, se han apoderado de Varsovia?

(El señor A).—Se necesita paciencia para oír esas argumentaciones ridículas.

—¿No fracasaron los alemanes porque no entraron en París ni en Calais? Pues con el mismo derecho, pero con bastante más fundamento, sostengo que han fracasado los rusos porque no han llegado a Lemberg ni a Varsovia. Han dado un golpe en el vacío, según la frase estratégica de los caudillos melendados del faubourg Montmartre.

(El señor A).—Y los docientos mil prisioneros cogidos por los rusos ¿son moco de pavo?

—¿Y el millón y medio de rusos prisioneros de los alemanes y los trescientos mil franceses? Además, que los rusos han quedado agotados y su avance habrá de detenerse.

(El señor A).—Claro está que un día u otro han de hacer alto; pero esto no disminuye su espléndida victoria, ni lo positivo del éxito.

—Lo niego en redondo. Desde el día mismo en que se detengan, habrán fracasado. Las poblaciones que están un poco más allá, continuarán en poder de los austro-alemanes, y, por consiguiente, la impotencia rusa será innegable, patente.

(El señor B).—¿V. se da cuenta de lo que dice, don Subrio? Parece que haya V. perdido el juicio. Sostiene V. unas teorías impropias de una persona que se precia de discurrir bien.

—Los argumentos de que me valgo son los mismos que llevo oyendo a ustedes hace veintitrés meses. Entonces, querían ustedes convencerme; ¿por qué no he de convencerles yo ahora?

(El señor A).—La prueba de que los casos no son iguales es que los rusos retrocedieron en 1915 y avanzan en 1916.

—En eso tiene V. razón: en 1915, los alemanes estaban en Alemania, y en 1916 residen en Rusia; en 1915, los italianos habían atravesado las fronteras del Tirol, y en 1916 son los austriacos quienes las han traspuesto. Por eso insisto en que las últimas operaciones han sido desastrosas para los cosacos y los bersaglieri; y si además tengo en cuenta que los cosacos andan desnudos y metidos en los ríos, y que los italianos han tenido que apelar a su caballería, porque ya no les queda infantería, ustedes me dirán de quién es la victoria.

(El señor A).—V. no cree lo que dice; es imposible que una persona de claro juicio...

—¡Hola, hola! ¿Conque hacen ustedes un llamamiento a mi buen juicio? Trabajo y tiempo perdidos. Mi juicio, más firme que nunca, me hace ver el espantoso, el terrible fracaso de las huestes de Brusilov y de la caballería de Cadorna; y me hago cruces de que ustedes opinen lo contrario. Están ustedes obcecados, y me achacan la culpa. Reflexionen desapasionadamente, y convendrán en que los austriacos están más cerca que nunca de la victoria final.

(El señor B).—Vaya, don Subrio, a otro perro con ese hueso; diga V. que pretende divertirse a costa nuestra, y concluiremos antes.

—El hecho de que los cosacos vayan desnudos comprueba el agotamiento de Rusia; el empleo de la caballería en el Tirol quiere decir que ya no hay torrajes en Italia y por eso se envía a los caballos a la

línea de fuego; los cadáveres equinos se utilizan en el rancho de la tropa; con los uniformes de los cosacos, que en verano no los necesitan, se obtiene algo más claro que la luz del sol...

(El señor A).—¡Basta, don Subrio! Soy mayor de edad, para que se me ofe V. de mí.

—Aparte de que la desesperación de los ataques rusos, según declaraban los telegramas, es testimonio de que se acaban las fuerzas de los moskovitas, como a los alemanes en Verdun. Ciego será quien no vea que Brusilov, lo mismo que el Kronprinz, se ha metido en un callejón sin salida y está sacrificando a sus tropas. ¡Pobre Rusia! Ya era hora de que los austriacos alcanzaran la victoria final, que está descontada.

(El señor A).—Señor B: mis nervios no pueden más; don Subrio se está burlando de nosotros; es inútil seguir la discusión. ¿Vámonos a tomar el fresco?

(El señor B).—No sin que don Subrio me declare el por qué de la extraña actitud en que se ha colocado esta tarde; porque, por más que diga, está convencido de...

—Estoy en el principio de mi argumentación y espero, tengo la seguridad de convencerles a ustedes. ¡He aquí un buen fajo de periódicos franceses, ingleses y otros de peor ralea, donde encuentro los razonamientos expuestos y los que voy a exponer, que son los mismos que me han colocado ustedes durante dos años. Según la lógica aliada y la de exportación, los austro húngaros han obtenido una brillantísima victoria... o cuanto han dicho ustedes hasta la hora presente era un tejido de patrañas y disparates, que se le han indigestado a mucha gente y es natural que se esgriman contra los meollos que los han inventado. ¡O eran ustedes unos farsantes o es indiscutible la victoria austro-húngara!

SUBRIO ESCÁPULA

LA VERDADERA SITUACIÓN DE ALEMANIA

El *Times* ha publicado una larga carta de un observador neutral, que ha vivido en Alemania desde el principio de la guerra hasta los primeros días de junio, en la cual se hacen algunas manifestaciones que juzgamos interesantes.

Gradualmente ha aumentado la animosidad contra Inglaterra. Ahora es grande. Los alemanes creían que, en el caso de una guerra europea, Inglaterra permanecería neutral. No faltaba quien esperaba que Inglaterra se pondría a su lado.

Nadie imaginaba que les declarara la guerra. De aquí que la declaración de guerra fuese un gran golpe, aunque la frase del rey de Baviera: «Tanto mejor; cuantos más enemigos, más honor», no tardó en correr de boca en boca. En aquella ocasión creí, y sigo creyendo ahora, que si la actitud de Inglaterra hubiera sido más clara, Alemania no se habría metido en la guerra hasta asegurarse de que Inglaterra permanecía pacífica.

Ahora, únicamente la derrota militar podría convencer a los alemanes de que pueden ser batidos. No se admite la paz sino con las condiciones que dicte

Alemania. El pueblo está preparado a sufrir, sin fijarse en la delicada situación en que la guerra le ha puesto. Esto es particularmente verdad refiriéndonos a Baviera. Si los bávaros pudieran ser aplastados rápidamente, podría haber un rápido fin de la guerra, pero están tan persuadidos ahora como al principio de la campaña que sus generales y soldados no pueden ser derrotados. Aun en el caso de una derrota de Prusia, Baviera no se conmovería; sería menester que los ejércitos bávaros fuesen derrotados al mismo tiempo.....

La cuestión del pan produjo más disgusto en febrero que hoy. En aquel mes la escasez llegó realmente a sentirse y las quejas fueron generales y se produjeron sin rebozo. Escaseaban también las patatas, y sólo el que haya vivido en Alemania en los últimos meses podrá comprender la importancia de

ral de que el rigor del bloqueo está próximo a terminar, y que pronto aumentarán las raciones, tanto en variedad como en cantidad. Otro método de acallar las quejas consiste en recordar los sufrimientos de las tropas y advertir que lo menos que pueden hacer los que viven tranquilamente en sus casas es aceptar algún sacrificio.

Mucho se escribió sobre los disturbios callejeros que hubo en Alemania con motivo de la escasez de alimentos, y me parece que puedo explicar las circunstancias que acaso hayan dado lugar a tales cuentos. La distribución de artículos como carne, harina, azúcar y manteca, está reglamentada por los consejos municipales o de distrito. En día determinado cierta cantidad de manteca o azúcar puede ser autorizada para que la venda un tendero. La noticia se extiende rápidamente, y desde todas las casas muje-



El Archiduque heredero, Carlos Francisco José, visitando el frente austro-húngaro en Volinia

este hecho. Las patatas se usan bajo las formas más ingeniosas. Son el principal ingrediente en la confección del pan; sirven para compensar las pequeñas raciones de carne que se sirven, y figuran en casi todos los platos que componen las comidas. Figuran incluso en las ensaladas, aunque con tanto disimulo que cuesta trabajo descubrir su presencia. La escasez causó consternación, hasta que en marzo se recibieron enormes cantidades, procedentes de Rumanía, Bulgaria y Turquía, y el Gobierno aprovechó la abundancia temporal para recomendar paciencia al pueblo. Los funcionarios decían a los descontentos: «Ya ven ustedes cómo tenemos buenas patatas; de la misma manera, pronto tendremos todo lo que nos hace falta».

Los relatos sensacionales de la batalla del mar del N. han aumentado mucho más la creencia gene-

res, niños y sirvientas se congregan delante de la tienda con sus bonos, para adquirir el género. Rara vez hay bastante para todos, y cuando el surtido se ha acabado, una multitud abandona la tienda lamentándose. El desengaño conduce a exclamaciones de cólera, y hay una libre manifestación de opiniones antes de que la multitud se disperse; pero llamar disturbios a estos hechos es una exageración.

La organización del material para conseguir que los espíritus no se desalienten es admirable. Cada pueblo posee un cañoncito, y cuando el Gobierno da la señal se dispara el cañón y todo el mundo se apresura a colgar los balcones y sacar banderas, aun antes de saber de qué se trata. Cuando fué tomado el fuerte de Vaux, el regocijo duró dos días. Después de la captura de Verdun se espera la toma de Belfort, que será seguida por una marcha sobre Pa-

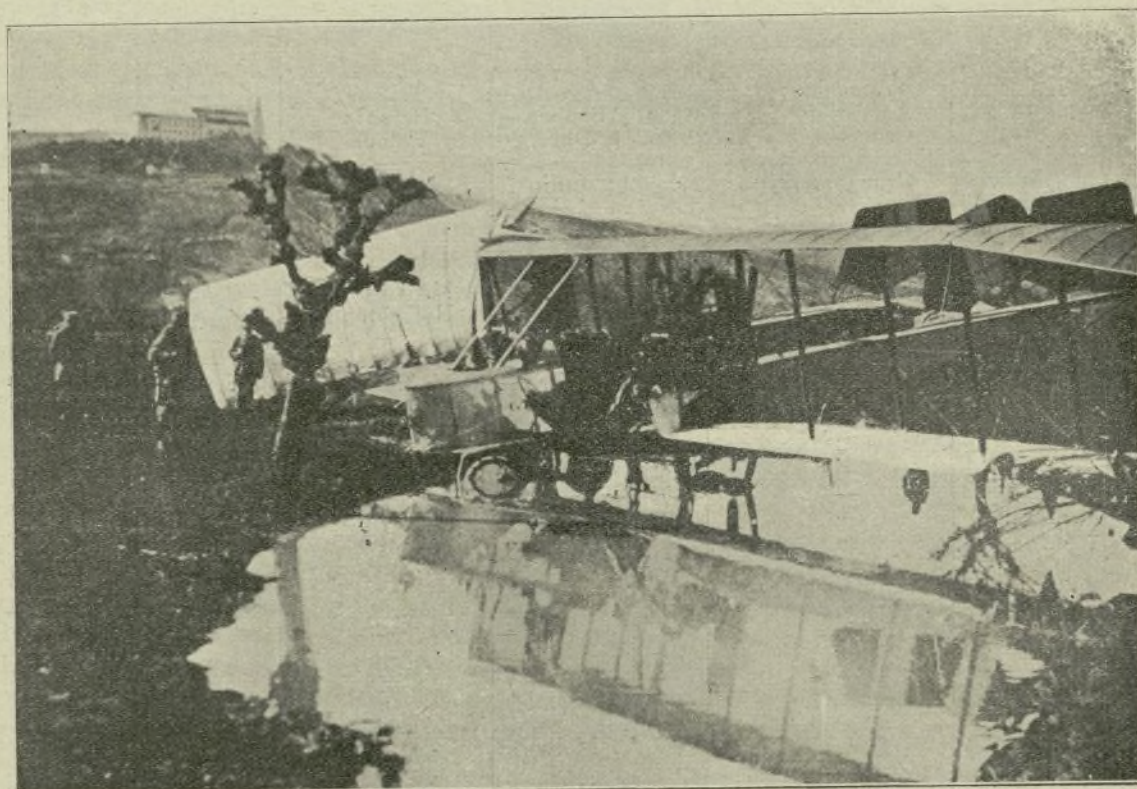
rís que pondrá fin a la guerra con Francia...

En los pueblos pequeños es casi imposible encontrar un hombre dentro de los límites de la edad militar. Los abogados han sido los últimos en ser llamados, pero en una ciudad donde había 70, sólo quedan cuatro. En las ciudades aún hay muchos hombres, que visten de uniforme, pero los únicos hombres civiles de edad militar son los funcionarios del Gobierno y los ocupados en asuntos financieros y de seguros. Estos son considerados indispensables para la dirección de las operaciones financieras del país... Los muchachos de los colegios se instruyen como si fueran soldados, y hasta los niños tienen días determinados para prácticas militares, poseyendo cada escuela su banda de música.

Salvo que en la mayoría del pueblo el hundimiento del Lusitania es considerado ahora como un

en el Gobierno y en el Ejército y la Marina es completa. El Gobierno ha protegido a Alemania de los horrores de la guerra, y en esto reside su gran fuerza. La prensa está sometida a una inteligente censura, y nadie cree una palabra de cualquier fuente enemiga. Aun cuando a veces se admite discretamente un revés, las noticias oficiales no se toman en serio. «Somos alemanes—dicen las gentes—y ninguna nación puede derrotarnos. Nadie podrá arrojarnos de nuestras posiciones en Francia y Bélgica». También agregan: «Nadie podrá conseguir que perezcamos por hambre», pero detrás de esta jactancia hay siempre un suspiro por los alimentos cuando no se los puede obtener en la cantidad deseada.

Al principio se creyó que la guerra sería corta y victoriosa. La confianza en el ejército y sus jefes no tenía límites. La batalla del Marne fué tomada como



Un aeroplano italiano, sistema «Caproni» derribado por los austriacos en Laibach

error, la aprobación de la guerra submarina es unánime. El sentimiento general es que, como Inglaterra prohíbe la llegada de víveres y géneros, el Gobierno está en su derecho adoptando las medidas que están en su mano. Se califica al bloqueo de acto brutal e incivilizado. A los ojos del pueblo, los tripulantes de los submarinos son héroes, cuya bravura se pone como ejemplo a los jóvenes del país.

El resentimiento contra Inglaterra es tan vivo como siempre. La muerte de Lord Kitchener causó mucha excitación y alegría. En la casa donde yo vivía, el cartero llamó por la mañana dando la noticia y exclamando: «Esta vez, hemos dado cuenta de un inglés». Todo alemán cree que el *Hampshire* fué hundido por un submarino. Cuando yo salí de Alemania no se había aún publicado nada sobre el avance ruso. Por el momento, la confianza alemana

una prueba de que la labor podría ser más larga y dura de lo que se había supuesto, pero se desechó toda idea de derrota, con la explicación de que el Marne era sólo un alto pasajero en la marcha de los ejércitos alemanes, en orden a ocupar posiciones cuidadosamente preparadas quince días antes por la previsión del Gran Cuartel General. Poco a poco se encarnó la convicción de que Alemania luchaba por su propia existencia. Aunque obligados por las necesidades de la situación a atacar, constantemente se inculcó al pueblo que Alemania hacía una guerra defensiva. No hay medio de disuadir de esta idea al pueblo.

LA CAMPAÑA NAVAL

Buques de guerra

JAPÓN

N.º	Nombre del buque	Clasificación	Tonels.	Fecha	Sitio	Modo	Observaciones
1	Takachiko	Crucero	3.700	17 Otbre. 14	Tsing-Tao	Mina	
2	Shirotaye	Destroyer	410	4 Sepbre. —	—	—	
3	N.º 30	Torpedero	300	11 Nvbre. —	—	—	
4	Asama	Crucero	10.000	10 Febro. 15	Méjico	Varadura	
5	N.º 33	Torpedero	80	4 Sepbre. 14	T. Tao	Mina	

ITALIA

1	Turbine	Contratorpedero	330	25 Mayo 15	Adriático	Cañón	F. de C.
2	Medusa	Submarino	250	12 Junio —	—	Torpedo	Sub.º austriaco
3	N.º 30	Acorazado	10.000	20 — —	—	—	—
4	N.º 17 O.S.	Torpedero	850	27 — —	—	—	—
5	—	—	—	2 Julio —	N. Adriático	—	—
6	Amalfi	Crucero acorazado	10.400	7 — —	—	—	—
7	Garibaldi	—	7.200	18 — —	Ragusa	—	—
8	Nereide	Submarino	250	5 Agosto —	Pelagosa	—	—
9	Nautilus	—	—	28 Julio —	Adriático	Mina	—
10	N.º 30	Torpedero	800	— — —	—	—	—
11	N.º 30	—	—	— — —	—	—	—
12	—	Submarino	250	10 Agosto —	Trieste	—	—
13	Benedetto Brin	Acorazado	9.500?	27 Sepbre. —	Brindis	Explosión	—
14	—	Crucero	7.000?	5 Dbre. —	Valona	Submarino	—
15	Intrepido	Cazatorpedero	800	14 — —	—	Mina	—
16	Príncipe Umberto	Crucero auxiliar	9.000	10 Junio 16	Adriático	Torpedo	—
17	Citta de Mesina	—	—	24 — —	Canal Otranto	—	—

ALEMANIA

1	Magdeburg	Crucero	4.550	27 Agosto 14	M. Norte	Cañón	
2	Koen	—	4.350	28 — —	Heligoland	—	O Koelsi
3	Mainz	—	—	— — —	—	—	—
4	Ariadne	—	2.660	— — —	—	—	—
5	Hela	—	2.040	13 Sepbre. —	M. Norte	Torpedo	—
6	Cormoran	—	1.604	6 Nbre. —	Tsing Tao	Cañón	—
7	Geir	—	—	8 — —	—	—	—
8	Emden	—	3.600	9 — —	M. Indico	Cañón	—
9	Sharnhorst	—	11.600	8 Dbre. —	Malvinas	—	—
10	Gneisenau	—	—	— — —	—	—	—
11	Nuremberg	—	3.450	— — —	—	—	—
12	Leipzig	—	3.250	— — —	—	—	—
13	Blucher	—	15.500	24 Enero 15	M. Norte	—	—
14	Moeve	Minador	650	9 Agosto 14	—	—	—
15	S. 119	Torpedero	420	17 Ocbre. —	Costa belga	—	—
16	S. 118	—	—	— — —	—	—	—
17	S. 117	—	—	— — —	—	—	—
18	S. 115	—	—	— — —	—	—	—
19	U. 15	Submarino	250?	9 Agosto —	—	Abordado	—
20	U. 8	—	—	23 Fbro. 15	Dóver	—	—
21	U. 12	—	—	7 Marzo —	—	—	—
22	Dresden	Crucero	—	— — —	I. Juan Fernández	—	—
23	U. 29	Submarino	—	26 Marzo —	—	—	—
24	Navarra	Crucero auxiliar	—	10 Ocbre. 14	Pacífico	Cañón	No en Chile
25	N.º 30	Submarino	—	9 Junio 15	—	—	—
26	N.º 30	—	—	25 — —	M. Norte	Explosión	—
27	Albatros	Minador	—	3 Julio —	Báltico	Cañón	—
28	Magdeburgo*	Crucero	4.550	29 Junio —	Windau	—	—
29	N.º 30	Torpedero	800	— — —	—	—	—
30	Deutschland	Acorazado	13.000	— — —	Danzig	Torpedo	?
31	Koenigsberg	Crucero	3.350	11 Julio —	Rufyi	Cañón	—
32	Pommern?	Acorazado	—	— — —	—	Torpedo	—
33	Meteor	Crucero auxiliar	—	12 Agosto —	M. Norte	—	(Volado por la tri-
34	N.º 30	Torpedero	400	20 — —	Riga	Mina	[pulación]
35	N.º 30	—	—	— — —	—	(Varado)	—
36	N.º 30	—	—	— — —	—	—	—
37	N.º 30	—	—	— — —	—	—	—
38	Moltke?	Aviso	1.250	23 — —	Ostende	—	F. de C.
39	N.º 12	Superdreadnought	23.000	20 — —	Riga	Mina	Desmentido por
40	Príncipe Adalber-	Submarino	—	16 Sepbre. —	M. Norte	—	[Alemania]
41	Undine [to	Crucero	13.350	25 Otbre. —	Báltico	Submarino	—
42	Bremen	—	2.700	7 Nvbre. —	—	—	—
43	N.º 30	Torpedero	3.256	17 Dbre. —	—	—	—
44	Bunz	Patrulla	—	— — —	—	—	—
45	Kingani	Cañonero	—	15 — —	—	Mina	—
46	Hedwig von Wies-	—	—	26 — —	Tanganika	Apresado	—
47	Otto Rudolf [mann	Patrulla	—	8 Febro. —	A. Altverville	Cañón	—
48	Braunschwig	—	—	24 Marzo 16	M. Norte	—	—
49	N.º 30	Destroyer	800	25 — —	—	—	—
50	N.º 30	Submarino	—	5 Abril —	Atlántico	Abordaje	—
51	N.º 30	—	—	28 — —	—	Cañón	—

(Continuará)

DESDE AUSTRIA

Un año de guerra italiana

Hace un año, el 23 de mayo de 1915, acaeció la declaración de guerra de Italia a Austria-Hungría. El mundo ha condenado ya el proceder de Italia, que rompía de una vez, sin razón suficiente para la moral internacional, el pacto de alianza que la unía a las naciones de la Europa central. La ceguedad apasionada de un pueblo impulsivo y la liviandad de gobernantes incautos se unieron para seguir el llamamiento interesado de ingleses y franceses.

La empresa parecía sencilla: la fuerza armada de una gran potencia tenía que destruir a la Monarquía fraccionada, conglomeración de pueblos de tan diverso origen como es la austro-húngara, y a más, en un momento en que el conjunto de sus fuerzas era requerido en la guerra de sus fronteras N., E. y S. por una superioridad numérica de enemigos que pasaba con mucho del doble.

Pero la guerra pedía un motivo. Se encontró uno en la liberación de la tan decantada «Italia irredenta», que, según los defensores de la teoría, con bastantes visos de verdad, constituía una parte del pueblo italiano encadenada bajo el yugo de un pueblo extranjero. La consecuencia era clara: El siglo xx vería los últimos frutos de las conmociones del xix, todo el pueblo italiano consolidado en un solo Estado. Ahora bien, la libertad es una noble idea, cuya expresión en lengua humana se ha prestado siempre de capa a las ambiciones de los hombres. Una boca de oro la promulgó en Italia: fué D'Annunzio. Un pueblo aturdido se reunió bajo la bandera deslumbrante.

La realización de tanta belleza se presentó más difícil y escabrosa que lo pensaron los idealistas. Y como la unidad con los demás enemigos de Austria fuera necesaria, recurrieron los órganos del Gobierno a otra justificación de sus actos. No era difícil encontrarla; la Entente la había ya imaginado, impresa estaba ya en mil maneras. La liberación de los pueblos latinos del peso insoportable de la supremacía imaginaria de la dinastía bárbaro-germánica de los Hoenzollern fué el fondo de la nueva doctrina. Una palabra mágica también, el «militarismo», fué inscrita en el pendón tricolor.

Mientras Cadorna escribía reseñas meteorológicas, el pueblo desfallecía en la lucha. Porque la llama artificial que encendiera su pecho se consumía lentamente a falta de combustible. Los resultados reales se hacían esperar siempre. La pasividad de los ejércitos del rey, su impotencia innegable, no lograron encubrirla sino por momentos la prensa y el Gobierno, arrojando a los aliados la culpa de los dolores públicos, se clamó justicia en todos los rincones del reino, e Inglaterra enviéles carbón, y a Mr. Grey para calmar los ánimos.

Ya se preparaba una escena nueva en la tragedia-comedia. El aniversario de la declaración de guerra era el pretexto. Invitado al convite era todo el pueblo de la nación. Las viandas más jugosas, imprecaciones del enemigo indomable; el vino embriagador, palabras de esperanza.—Desgraciadamente, las vicisitudes de la lucha deshicieron la fiesta preparada, como

la lluvia impertinente desbanda a los concurrentes a un baile de verano al aire libre.

Y ahora, que la inactividad progresiva del frente italiano se transforma en retroceso visible y desastres crecidos ¿qué nuevos métodos emplearán los responsables para probar su inocencia, para deshacer las pérdidas, para calmar la miseria del pueblo, para alentar los ánimos y mantenerlos en la prosecución de una lucha sin fin, singloria, sin brillo y... desastrosa...? Y el proletario desengañado, la masa engañada, seguirá soportando, con todo, la negra venda con que le cubrieron los ojos, aunque, abiertos ya, la siente y la advierte?

—
Mas volvámonos a la consideración del desenvolvimiento de los hechos desde el punto de vista militar.

Desde un principio se presentaba a la campaña italiana una dificultad en la configuración de las fronteras austriacas. Fuera de la altura de los montes y la superioridad de las posiciones enemigas, una ofensiva italiana, en cualquier punto de la frontera, llevaba el peligro de verse atacada de flanco por un ejército enemigo. De ahí que cualquiera empresa ofensiva en una extensión reducida del frente, reclamara una protección suficientemente fuerte en el resto de la frontera, de carácter puramente defensivo. Y ya que una ofensiva estratégica era de todo punto, político como militar, indispensable, restaba determinar el lugar en que se emprendiera. Constituía éste el Tirol, la masa atacante italiana se vería muy disminuida por la cortina defensiva del Isonzo; pues un ataque austriaco por este lado inundaría impetuoso parte muy importante del territorio. Si se escogía, en cambio, el frente del Isonzo para el ataque, la cortina de la frontera del Tirol no reduciría tanto los efectivos de agresión. En la práctica y el caso especial, los temores indicados desaparecían en gran parte, si se atendía a que austriacos y húngaros se veían detenidos en cantidad considerable en otros frentes, así es que su actitud debía ser necesariamente, puramente defensiva. En todo caso, la ofensiva por el frente del Isonzo se recomendaba por muchas razones y fué decidida.

La iniciativa se hizo esperar mucho. Sólo acaeció a fines de junio (el día 30) y con sólo dos ejércitos (el 1º y el 2º). La insuficiencia de estas fuerzas hizo fracasar la primera ofensiva, 6 días después de principiada. Y no menos la segunda, del 18 al 27 de julio. Entonces, y no antes, se vió la insuficiencia de las fuerzas. Era ya tarde: los austriacos habían tenido tiempo de reforzar sus posiciones considerablemente. Además habían traído las tropas que no eran absolutamente indispensables en otros frentes. Los italianos acumularon sus fuerzas para la ofensiva y prepararon ésta largo tiempo. Del 18 al 31 de octubre atacaron por tercera vez; la ofensiva fracasó con pérdidas enormes. Aún intentaron otra vez en noviembre de 1915 romper el frente austriaco, sin realizarlo. Luego vino una pausa, que duró hasta marzo de 1916. En marzo se verificó la quinta ofensiva en el Isonzo, sin más resultados que las anteriores.

Es posible que las pérdidas italianas hasta el fin de la quinta ofensiva sobrepasen el número de 600.000

hombres fuera de combate; en todo caso alcanzan medio millón de hombres. Con su sangre se habían comprado algunas ventajas tácticas fuera de proporción con el volumen de aquella.

Tanto fracaso despertó en Italia y en el mundo el deseo de ver algo positivo. Políticamente era preciso para los directores de escena realizarlo. Tal fue la razón política y no estratégica de la ofensiva en Giudicaria y el lago de Garda. Siquiera fuera un avance táctico de valor relativo, para endulzar al pueblo la hiel que bebía. De hecho algunos progresos pudo señalar Cadorna en esta región; aunque estuviera convencido de la poca importancia estratégica de su acción en los Alpes.

Después sucedió todavía la última ofensiva italiana en el Isonzo. A raíz de ella se notó actividad austriaca en el Isonzo, que hizo despertar en la prensa italiana el temor de una ofensiva austriaca por este lado. Como los hechos de la última semana nos comprueban se trataba solamente de una maniobra austro-húngara cuyo objeto era despistar al enemigo, sobre sus proyectos verdaderos. La ofensiva debía tener lugar en el sur del Tirol, al S. y al E. de Rovereto. Los italianos se dejaron sorprender por las tropas austriacas de esta sección. Este hecho aclara las grandes pérdidas humanas y de material que los defensores han sufrido. Lo realizado hasta la fecha da a la acción un valor más que puramente local.

Los frentes de ambas partes corrían muy cerca entre sí, del límite N. del lago de Garda, por Rovereto-Folgaria al N. de Lavarone, hasta Borgo. Y tal fue el frente en el cual inició la ofensiva austriaca por la mañana del 15 del corriente, después de una minuciosa y formidable preparación de artillería de todos calibres. Mientras en el centro, entre los valles del Terragnola y Astico se logró desde el primer ataque, además de tomar la primera línea italiana, un avance prolongado hacia el S., en el valle del Adige las alturas del Zugna-Torta y del Col Santo, en el de Sugana las alturas de Armenterra, detuvieron en un principio el avance. Sin embargo, los días subsiguientes fueron entregando una por una las cimas de Toraro, de Maggio, de Loghi, del Col Santo, de Zugna-Torta, de Lavarone y de Armanterra completamente.

J. C. G.

UN HOSPITAL DE MATERIAL

El famoso corresponsal ruso de guerra Nemirovitch Danchenko, ha descrito en los siguientes términos la labor que se efectúa a retaguardia de las líneas inglesas en el frente occidental.

Todo lo que aquí se ve es maravilloso. Tomemos, por ejemplo, el calzado. Las botas de nuestros soldados se tiran como basura cuando ya no sirven. Yo he visto montones de ellas junto a las trincheras rusas en Galizia y Polonia, y, en verdad ¿para qué podrían ser útiles aquellos desechos pedazos de piel? Aquí las cosas ocurren de diferente modo. Locales enteros están llenos de calzado viejo, pilas de desperdicios, que yo no comprendía por qué se conservaban; sin embargo, pasando por diferentes fases

esos desechos del calzado tornaban a servir, trocados en magníficas botas, suaves y fuertes. Ante todo, el calzado viejo se sumerge en una cierta preparación y luego pasa de mano en mano hasta ponerlo flexible. Entonces, se le frota y restruja y se le remienda cuidadosamente; se ponen suelas nuevas y se clavetean. Todo este trabajo se ejecuta a máquina. Cada día salen de estos talleres mil pares de botas nuevas, y se espera que pronto aumente este número hasta cinco mil.

El calzado pasa al taller de mujeres, que le dan un baño de aceite y le refuerzan y dan forma. Después de otras varias operaciones, vuelven a sumergirse las botas en un baño de aceite, y por fin se las apila ordenadamente.

Lo mismo se hace con el vestuario y la ropa blanca. Las prendas sucias y repugnantes se someten a la estufa de desinfección; las más despedazadas quedan a cargo de unas mujeres que aprovechan todo lo que aún puede servir, como mangas, cuellos, puños, etc., que cortan con grandes tijeras. Otras mujeres, con guantes de goma que les llegan al codo, lavan esos pedazos en una preparación desinfectante. De allí pasan al taller de recomposición, y vuelven al ejército, nuevas y listas para el uso. Aquellos pedazos completamente inservibles se meten en sacos y se expiden a las fábricas de Inglaterra, de modo que no se desperdicia nada.

De otro taller sale un ruido formidable, un estruendo de tempestad, se oye el choque del hierro contra el hierro y se desprende un calor sofocante. Es el hospital de los cañones, ametralladoras y fusiles heridos. Los que no pueden ser refundidos se envían a Inglaterra, y el resto son calibrados, re-compuestos, dotados de nuevos mecanismos, en substitución de los elementos averiados. Estas labores se ejecutan a una jornada del frente y con tal rapidez, que hay cañones «puestos fuera de combate» que a los cinco días vuelven a prestar servicio.

Los fusiles rotos son recogidos y entran en un hospital análogo al de calzado. Se reparan las partes de madera, se substituyen por otros los elementos metálicos averiados, se quita el óxido, y, a los dos o tres días, los montones de astillas y metal toman la forma de fusiles relucientes y limpios, que parecen nuevos.

Aquí se reciben millares de bicicletas. Los elementos no recomponibles se mandan a Inglaterra; pero las más de las máquinas salen «curadas» a los dos o tres días. Un tratamiento análogo reciben los automóviles y motocicletas. Hay locales llenos de radiadores, generadores, cilindros, guarniciones, manivelas, etc. El día de mi visita entró un automóvil que parecía enteramente deshecho; me dijeron que al día siguiente marcharía a toda velocidad a incorporarse a su unidad.

Todo lo de estos talleres está montado en grande escala. Las panaderías han amasado 40 millones de libras de pan en cinco meses. Cuando pasamos por el almacén de impermeables apenas podíamos dar crédito a nuestros ojos. En otros locales se renovaban las caretas contra los gases asfixiantes; las muchachas, también con guantes de goma hasta el codo, desinfectaban las caretas en una solución química tibia y las lavaban escrupulosamente, dejándolas

en tal estado que no se las podía diferenciar de las nuevas. Aquí ví por primera vez caretas contra los gases para caballos y palomas mensajeras. Las jaulas de estas palomas se protegen con una especie de esas caretas, y así las aves se preservan de los gases asfixiantes.

Los cartuchos usados, los cargadores, los cascos y elementos de shrapnel, espejos, diafragmas, cajas rotas, ametralladoras, motocicletas...; no se sabe a dónde mirar. Acaba uno por sentirse mareado y no se da cuenta de lo que ve.

Todo este complicado mecanismo de un utilísimo y enorme taller auxiliar, hay que repetir que está a pocas horas de la línea de fuego, y es admirable que funcione sin un grito, sin una voz, tranquilamente, de un modo normal, como una hermosa máquina de la que cada parte cumpliera su tarea en completa armonía con las demás.

Con ser admirable lo que Danchenko refiere, hay otra cosa aún más digna de aplauso y que es la que constituye la principal enseñanza. Ese interés en aprovechar todo lo que antes se tiraba, ese principio de economía llevado a sus últimos límites—que refluye también en ventaja para el servicio,—es la nación más rica del mundo, Inglaterra, quien lo ha aplicado, siguiendo lo que también se hace en Alemania y otras naciones. La guerra exige gastos cuantiosos, inmensos, pero el gasto no ha de ser sinónimo de despilfarro y desorden. Con los ejércitos de millones de hombres y un material incontable, la simple economía de unos céntimos en cada prenda o elemento se traduce en un ahorro de muchos millones. Si así proceden las naciones ricas, ¿cómo deben obrar las que no lo son? Y si el principio es bueno, indiscutible, ¿por qué esperar a que la guerra estalle y no comenzar desde luego en tiempo de paz? Porque la previsión no es completa, ni la preparación acabada, mientras no se desciende al último y más nimio detalle. El ejemplo está dado, y no cabe duda que puede seguirse en todos los climas y latitudes; la única dificultad, aunque inmensa, está en *querer*.

CÓMO FUÉ TOMADO EL FUERTE DE VAUX

En un periódico francés se describen de este modo las jornadas que precedieron a la pérdida por los franceses del fuerte de Vaux, en el frente de Verdun.

Se calcula que desde marzo los alemanes arrojaban diariamente sobre el fuerte y sus alrededores, no menos de ocho mil proyectiles pesados, cifra que aumentó mucho en los últimos días. El fuerte quedó enteramente arruinado por las explosiones; la entrada principal estaba obstruida. Desde algún tiempo antes, la única salida utilizable era la poterna del N. O. Por allí, a despecho de todas las dificultades, se efectuaban el abastecimiento y las comunicaciones. En aquel infierno, bajo la explosión de proyectiles enormes que aturdían el cerebro, una pequeña guarnición, mandada por el comandante Rainal, se obstinaba en defenderse a todo trance.

Alrededor de la obra era imposible trabajar; las trincheras de circulación se llenaban de tierra a medida que se las excavaba; era menester esperar horas enteras para tener una probabilidad de pasar.

El 1.º de junio, los alemanes emprendieron una acción encarnizada para penetrar en el fuerte. Bajo la violencia del fuego, consiguieron que se replegaran los elementos de la línea avanzada. Algunos heridos leves, y varios soldados que buscaban un abrigo contra el bombardeo, entraron en las ruinas del fuerte, poniendo en un caso más difícil a la reducida guarnición, más que reforzándola.

El 2 de junio, el avance enemigo fué lo bastante acentuado para hacer absolutamente imposible el acceso por la poterna del N. O. Desde entonces, el fuerte quedó aislado de las líneas del defensor. Desarrolláronse hermosos actos de abnegación. Puesto que no se podía comunicar de un modo efectivo con estafetas, se decidió utilizar las señales ópticas.

Se estableció un puesto en una ventana, para transmitir noticias a otra estación distante dos kilómetros. Pero la instalación no fué satisfactoria, porque Vaux no veía con claridad las señales. Era menester modificar la instalación. Se presentó un voluntario para llevar el aviso. Partió, esquivó el fuego de los alemanes, a los que nada se ocultaba de lo que hacía la guarnición, hizo cambiar el puesto y regresó. Los partes pudieron ya ser recibidos. Un joven, el aspirante Besset, consiguió salir del fuerte para dar noticias de la guarnición, y enseguida volvió a incorporarse a sus camaradas, de los que no quiso separarse. Un soldado de la 124.ª división, el camillero Vanier, incansable, ayudó a recoger los heridos, los abrigaba en las ruinas y les vendaba; cuando no hubo ya heridos a quienes atender, partió a buscar agua, porque el agua era la mayor preocupación.

La sed, en efecto, fué uno de los más grandes sufrimientos de la guarnición. Las cartas cogidas a los prisioneros alemanes están llenas de lo que se padecía por la sed, y los franceses no podían escapar a la suerte común a los combatientes de los dos partidos. Basta conocer las condiciones de la lucha alrededor de Verdun para comprenderlo. Los tiros de aislamiento (barrage) en un frente estrecho impiden todo movimiento, aislan en absoluto a una tropa; sólo la obscuridad puede ser una salvaguardia, pero las noches de junio son cortas y los cohetes no cesan de iluminar. Algunas estafetas consiguieron pasar, al precio de riesgos extraordinarios, con una pequeña cantidad de agua; pero el dotar de agua a 150 hombres, a los que se agregaron 400 refugiados, era imposible. Se trató desde fuera de enviar cubas de agua al fuerte: no llegó ninguna.

El fuerte, sin embargo, resistía; aún se sostuvo otros cuatro días.

El enemigo consiguió avanzar en la parte superior, pero los franceses ocuparon y utilizaron las ruinas de los locales interiores. Las ametralladoras se instalaron en las ventanas, en las aberturas, detrás de los muros medio caídos; los tiradores se abrigaron también, y cualquier enemigo que se aventuraba en los patios era derribado de un balazo. En cada rincón se alzó una barricada. Los cadáveres alemanes formaban montones.

La lucha continuó en condiciones extraordina-

rias. Los alemanes ensayaron deslizar, atados a una cuerda, cestos llenos de granadas, hasta los locales interiores, y cuando esos cestos llegaban al suelo echaban una granada con la espoleta de retardo, y arrojaban el conjunto contra las ventanas de los locales. No obtuvieron el resultado apetecido. La guarnición se defendía siempre.

Pero las fuerzas humanas tienen un límite. El último parte del comandante Raynal decía, aproximadamente: «No podemos más. Clases y soldados han cumplido con su deber. ¡Viva Francia!».

El 6 de junio fué el día supremo. En la mañana, el camillero Vanier, arrastró consigo algunos camaradas, heridos, que no querían ser apresados vivos, y por un tragaluz de la gola la pequeña tropa esca-

pó. Los hombres corrieron hacia las líneas francesas.

Varios cayeron. Los que llegaron estaban contentísimos. A su coronel, que le abrazó y felicitó, Vanier, que ya tenía la medalla militar y la cruz de guerra con dos palmas, respondió: «Mi coronel, prefería que me mataran a caer en manos de los alemanes».

Estas son las últimas noticias precisas que se tuvieron del fuerte de Vaux. El 6 de junio, el servicio de aviación observó densas columnas de humo y explosiones. El 7, los alemanes anunciaron que se habían apoderado de todo el fuerte y hecho en él prisioneros ilesos. En realidad, sólo encontraron hombres agotados, en ruinas inhabitables.

CRÓNICA MILITAR

I. Importancia de la medicina y cirugía en la presente guerra. —II. Acerca de la ofensiva en el Somme. —III. La situación el 9 de julio

I.—Importancia de la medicina y cirugía en la presente guerra

Los inmensos progresos realizados por la medicina y cirugía han sido una de las grandes revelaciones de esta guerra. Los más de los heridos se restablecen pronto, y a las pocas semanas se encuentran en estado de volver al frente. Los casos de inutilidad se han reducido a un mínimo casi increíble. Heridas que hace quince años parecían incurables o ponían al paciente fuera de combate por largos meses, se tratan ahora con éxito y suma rapidez. Las bajas definitivas no son más que las causadas por muerte o por la pérdida de algún miembro. Hace poco tiempo, la prensa francesa dió cuenta del restablecimiento de un herido lesionado por un balazo en el corazón; después se ha sabido que estos casos menudean más de lo que podría creerse y que las lesiones en los órganos vitales, si no producen la muerte inmediata, tienen muchas probabilidades de curarse. Además, son tantos los cuidados, las comodidades y los refinamientos que se han desplegado en lazaretos y hospitales, que la estancia de los heridos en esos establecimientos resulta agradable y hasta envidiada, pasado, naturalmente, el período de los padecimientos físicos.

Esos adelantos en el arte de curar influyen directamente en la moral y en la fuerza de los ejércitos. En el primer concepto, el herido restablecido que vuelve a su cuerpo después de permanecer un largo período en el lazareto, conserva más vivos los recuerdos de este último que los confusos de los días de sufrimiento, pierde el temor a los proyectiles, regresa contento, y fortalece, sin pretenderlo, el espíritu de sus camaradas, especialmente de aquellos que le vieron caer y le creyeron presa segura de la muerte. Insensiblemente, un sentimiento de seguridad se ha ido extendiendo en las filas de los ejércitos beligerantes; se ha debilitado el temor al peligro, el instinto de conservación pesa menos, y la moral se fortalece. Subsiste siempre el caso de herida mortal,

pero son las menos y prevalece sobre ellas el ejemplo de las más. No son estas consideraciones una mera especulación, sino afirmaciones rotundas de personas que han visitado los frentes de batalla y convivido con las tropas. Antes, se temía a la herida; hoy, puede decirse que sólo se teme a la muerte, y el tanto por ciento de lesiones mortales de efecto inmediato es muy escaso.

En otro concepto, el extraordinario número de curaciones equivale a un aumento en los efectivos de reserva. En una guerra de corta duración, este aspecto no se presentaría; en la actual contienda, es muy importante. Miles y miles de soldados que fueron heridos en las batallas de Verdun, por ejemplo, están ocupando nuevamente sus puestos, de modo que en operaciones que se prolongan muchos meses, las más de las bajas ocurridas en los primeros encuentros dejan de serlo en los últimos. Los casos de hombres que han sido heridos tres, cuatro o cinco veces, son tan abundantes que no llaman la atención. En una operación que dure cuatro meses, o simplemente tres, hay una verdadera rotación de fuerzas: la merma en los efectivos se acentúa hasta el fin del tercer mes, y luego el caudal perdido revierte a la masa de donde salió, disminuido en un 15 a 20 por ciento.

Ambos efectos explican que la guerra dure tanto y que todavía no se haya agotado ninguno de los beligerantes, a pesar de que las bajas se cuentan por centenares de millares. De consiguiente, nunca será demasiada la atención que se dedique a la sanidad militar, que ha de actuar en tiempo de guerra en combinación con la civil.

II.—Acerca de la ofensiva en el Somme

Dije en una *Crónica* anterior que cuando se aproximara el momento crítico de la defensa de Verdun, los aliados franco-ingleses harían un esfuerzo en otro punto del frente occidental para salvar a la fortaleza, y con ella al ejército francés allí empeñado hace

más de cuatro meses. Efectivamente, al mismo tiempo que llegaban las primeras noticias de los ataques de los aliados en la región del Somme, se daba a conocer la proclama del general Nivelle, comandante en jefe del ejército defensor de Verdun, pidiendo un último y supremo sacrificio, que contuviera al enemigo y le cerrara el camino de París. De donde ha de inferirse que la situación de aquella fortaleza se ha agravado mucho, y el remedio sólo pueden encontrarlo los franceses en otro lugar del frente.

La ofensiva en el Somme fué anunciada con semanas de antelación, aunque sin fijar el punto de ataque; se hicieron preparativos estupendos, nunca demasiados, con sujeción a lo que venía enseñando la experiencia; se concertaron los dos ejércitos, frances e inglés, para imprimir unidad a la doble acometida; se hizo coincidir ésta con un recrudecimiento de la ofensiva rusa, que se extendió al centro y al ala derecha, hasta el golfo de Riga; los italianos, que trataron de cooperar en la batalla, quedaron detenidos a los primeros pasos, pero hicieron cuanto estuvo en su mano para contribuir a la obra común; se enviaron al Somme todas las piezas de artillería disponibles y un número prodigioso de proyectiles; y, en suma, no se perdonó medio ni se omitió elemento para obtener el éxito. Algunos periódicos ingleses, con anterioridad al comienzo del ataque, advirtieron que no se iba a emprender un intento de ruptura, seguido de una maniobra, sino un empuje lento, continuo y sostenido, que empujara poco a poco al enemigo y acabara por desbaratarlo. Después de las primeras jornadas, la prensa francesa ha hecho la misma advertencia, para que la opinión no se desalentara ni nadie extrañara la pausa después de los éxitos iniciales. Según esto, los ataques, a intervalos relativamente largos, se sucederán hasta acabar con la resistencia de los alemanes.

He aquí un nuevo método de guerra, que las más de las personas han aceptado, no sólo como el más lógico y de favorable resultado, sino como aconsejado por las enseñanzas de la presente guerra. A este efecto se compara la empresa que han iniciado los aliados, con el ataque alemán en el frente de Verdun, extendiendo a un frente más o menos largo lo que sólo ha sido de aplicación ante un campo atrincherado. Es menester examinar este punto.

Los alemanes están empleando en Verdun el método que podríamos llamar de trituración: han reunido una cantidad numerosísima de artillería pesada y con ella baten las obras y tropas del defensor, destruyendo las primeras y desorganizando las segundas. Al parecer, los aliados han imitado esta conducta en el Somme, y así lo declaran los periódicos sin rebozo, habiéndolo anunciado antes no pocos de ellos. Pero, en los resultados que unos y otros pueden obtener, hay una diferencia esencial: Verdun era el punto más fuerte de la línea francesa, el que más directamente contribuyó a salvar a los aliados después de las derrotas de agosto de 1914, el que cierra el camino de París, el baluarte en que se apoya toda la línea, y la amenaza más positiva contra el frente de batalla alemán. Por tales causas, Verdun ha tenido siempre una importancia extraordinaria, dimanante de su situación estratégica y de su papel táctico, y su valor no ha quedado jamás reducido al papel táctico de ocupar una porción mayor o menor

de terreno. Sin Verdun, los franceses no hubieran ganado la batalla del Marne, ni los alemanes se hubieran tenido que replegar al Aisne, y sin Verdun fuera absolutamente improbable que la resistencia francesa se prolongara tanto tiempo y el éxito quedara indeciso hace dos años.

En el Somme, y en general en cualquier otro lugar del frente, no existe en la línea alemana otro punto que pueda equipararse con Verdun. Si esta fortaleza cae, se habrá de desmoronar gran parte de la línea francesa y se tendrá que cubrir París; mientras que un avance más o menos grande de los aliados en el Somme, o en Flandes o en Champaña, si no constituye una ruptura propiamente dicha, no tendrá otra consecuencia que la de reconquistar un pedazo de territorio. Previéndolo así, la prensa franco-inglesa manifiesta que empujando sucesivamente a los alemanes se logrará destruir su capacidad de resistencia y los aliados acabarán por obtener la victoria. ¿Es admisible esta afirmación?

Gracias a los acopios de artillería y material en el Somme, los aliados arrasaron las obras de defensa enemigas y se apoderaron de ellas, pero apenas el avance llevó la línea de ataque tres o cuatro kilómetros más allá, fué menester interrumpirlo para que adelantara la artillería pesada y recomenzara de nuevo su fuego destructor; prescindamos de que esa ofensiva ha exigido una preparación de dos meses, y admitamos que tanto en cañones como en proyectiles los aliados están abastecidos para una ofensiva continua de un año; de todos modos, cada salto adelante requiere un período de detención, y en este período el adversario puede acumular reservas y contraatacar, es decir, repetir lo que hizo cuando la ofensiva francesa en la Champaña. Si los aliados dispusieran de elementos suficientes para extender a todo el frente el efecto artillero que han obtenido en el Somme, su ofensiva sí que sería de éxito seguro, toda vez que los alemanes tendrían que distribuir sus reservas a lo largo de la línea entera, y serían débiles en todos los puntos; pero como ninguno de ambos beligerantes está en condiciones de reunir la masa incontable de artillería que sería menester, ni lo estarán nunca aunque la guerra dure varios años, claro es que la concentración de esfuerzos en uno o dos puntos, dejará en libertad a los alemanes en el resto de la línea, y el mando imperial la aprovechará para compensar la derrota en el lugar atacado con la victoria en otro diferente. Imaginemos, no obstante, que los alemanes no abandonan su actitud defensiva, y es demasiado admitir; como en el Somme, o en sector atacado, nada les impide ceder terreno ni llevar a retaguardia sus reservas para librarlas del tiro de la artillería,—lo cual no pueden hacerlo los franceses en Verdun, porque abandonarían la fortaleza—el atacante tendrá siempre más bajas que el defensor, y el agotamiento de los aliados se acentuaría más deprisa que el de los imperiales; porque no hay que olvidar que los alemanes pueden abandonar o evacuar mucho territorio sin perder su cualidad de invasores, y que si para avanzar tres o cuatro kilómetros ha sido menester que los aliados se prepararan con dos meses de antelación, para proseguir el esfuerzo y decuplicarlo o centuplicarlo se requiere una suma de elementos que escapa a todo cálculo.

El plan de los aliados tiene mucho de convencional. Ya cuando la ofensiva en la Champagne se vió que la línea alemana podía flexarse y ceder sin romperse; posteriormente, los rusos han avanzado cuarenta o cincuenta kilómetros en la región de Luzk, sin que los alemanes del conde Bothmer ni los de Kolki y Czartorisk modificasen sus líneas; y ahora, no porque los franceses hayan penetrado cuatro kilómetros en las posiciones alemanas, se ha resentido la organización defensiva del invasor al N. ni al S. del lugar de la batalla. Por consiguiente, los efectos de penetración en un frente son casi exclusivamente locales, y se necesita que el éxito sea muy pronunciado para que sus consecuencias rebasen los límites tácticos. Es claro que la persistencia un día y otro en los golpes de ariete ha de concluir por agotar la fuerza combatiente de uno de los beligerantes, pero como el ariete está representado en este caso por la artillería, es dudoso que los aliados tengan una ventaja absoluta en este concepto, toda vez que si dispusieran de ella la habrían empleado hace ya mucho tiempo en Verdun.

Por estos motivos, opino que las operaciones en el Somme no constituyen en realidad el comienzo de la batalla decisiva en la que fundan tantas esperanzas los aliados, sino simplemente un efecto de diversión enderezado a aliviar la presión que padecen los defensores de Verdun. Bien sea porque las tropas del general Foch sabían que al atacar en el Somme acudían en auxilio directo de sus camaradas de Verdun, bien porque el ejército inglés no reunía aún las apetecibles cualidades ofensivas—lo cual he dicho varias veces,—es lo cierto que los únicos éxitos registrados los han obtenido los franceses; esto, por satisfactorio que sea para la vecina República, envuelve un peligro que no cabe desconocer: el ejército más debilitado y que posee menos reservas es el francés, y, por consiguiente, ese ejército es el que debiera reservar más sus fuerzas, asumiendo el británico el papel principal. Así tendrá que conducirse el último, más o menos pronto, por su propia voluntad o contra ella, y como hasta ahora no lo ha hecho, resulta otro nuevo indicio de que la batalla verdadera no ha comenzado todavía. Tal podría ser el final de la ya entablada, que la definitiva se aplazara para una fecha lejana o se desistiera de reñirla.

Para terminar, repito que los franceses, y más aún los alemanes, pueden avanzar o retroceder en casi toda la línea sin que la situación de conjunto se modifique; pero la liberación o la pérdida de Verdun es de una importancia extraordinaria, según demostré en otras ocasiones y reconocen los mismos franceses, de suerte que ni son comparables los acontecimientos de Verdun con los del Somme o los de Flandes, ni los métodos y procedimientos empleados contra una fortaleza, de importancia estratégica y táctica de primer orden, deben de ser los mismos que los seguidos en otro lugar de interés puramente circunstancial.

III.—La situación el 9 de julio

Replegados los austriacos a la línea de alturas, en territorio enemigo, que domina a la meseta de las *Sette Comuni*, la lucha en este sector ha tomado el mismo carácter que en el Isonzo y en la meseta de Doberdo; la aptitud de los italianos para la ofensiva no se ha revelado todavía.

Los acontecimientos toman un aspecto poco favorable para los rusos, en Asia. Hay un ligero retroceso de su frente en Armenia, con tendencia a un ataque turco sobre Erzerum; no sólo han sido desalojados los moskovitas del territorio que ocuparon en el N. de Mesopotamia, sino que los otomanos han penetrado en Persia y se han apoderado de Kermanchad. Nada se sabe de las tropas británicas del Tigris.

No ha cambiado la situación en Macedonia. En el Africa oriental prosigue el avance de los ingleses. Reina tranquilidad en las fronteras de Egipto, igual que en Albania.

En Rusia, la actividad es general. En el N. han atacado repetidamente los moskovitas, sin resultado, aunque sin empeñar grandes efectivos. Más enérgica ha sido la ofensiva en el sector de Baranovitchi, en el centro, donde tampoco ha tenido éxito. En Volinia, los alemanes han evacuado el saliente de Czartorisk y se han replegado un poco al O.; en compensación, los rusos han retrocedido en el camino de Kovel a Luzk. Ha cedido asimismo ligeramente el frente avanzado del conde Bothmer, en el centro. En Bukovina, los rusos no han hecho nuevos progresos.

La ofensiva francesa en el sector del Somme, minuciosamente preparada por el fuego de la artillería, ha sido en extremo enérgica y de indudable éxito en las tres primeras jornadas; el atacante ha avanzado, al S. del río, poco más de seis kilómetros y ha cubierto más de la mitad de la distancia que le separaba de Peronne. Al N. del río, el avance ha sido también bastante pronunciado. A la izquierda de los franceses, los ingleses han sido menos afortunados; rechazados en unos puntos, contraatacados en otros y perdiendo en algunos el terreno conquistado en los primeros momentos, su máximo avance ha sido de kilómetro y medio; como su línea de ataque quedó muy atrasada con respecto a la francesa, ésta hubo de detenerse. La batalla está en suspenso en el frente francés desde el día 5, y en el británico ha degenerado en combates parciales. Los alemanes han perdido unos 8.000 prisioneros y 72 piezas de artillería, las más de ellas fijadas en las defensas destruidas por el fuego del enemigo. Continúa muy violento el bombardeo en Verdun. Repetidamente han lanzado los franceses sus tropas contra las alturas de Froide-Terre y Thiaumont, sin ningún resultado. Cuanto más se prolongue el cañoneo, tanto más enérgico será el próximo ataque alemán.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

10 de julio de 1916.